VALTIEL CONSTANTINE

LA ESPADA DE SANGRE



Áurea Ediciones

© Los hijos del olvido - La espada de sangre - Tomo I
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Mayo 2025
© Valtiel Constantine
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Camilo Palma
Corrección de textos: Gonzalo León
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Providencia 2594, local 417, Providencia, Chile
ISBN: 978-956-6420-01-9
Registro de Propiedad Intelectual: 2021-A-9988



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Dedicado a mi madre, Carmen Guevara.
Donde sea que estés, espero hacerte sentir orgullosa.

Daniela Paz Velásquez Devia
Nayri De Santos Pavletic
Daniel Alfredo Guevara Gonzales
Sin su apoyo no lo habría logrado, gracias por creer en mí.

Recuerdo esos tiempos donde todo era más sencillo, solo éramos niños jugando bajo la tutela de un padre, no sé cuándo las cosas cambiaron tanto, y me lleno de tristeza al entender que nunca nada volverá a ser como antes...

—Eridal Nakkieldottir

Origen

> Nadie de nosotros queda que recuerde esos días, lo que conocemos es una mezcla de historia y mito.

Este mundo rebosaba de vida, los bosques verdes se extendían por todo Varden y las bestias acampaban a sus anchas. Entonces llegaron los dioses y repoblaron este mundo, nuestra raza fue la primera en ser creada por el padre de los dioses Hassen, a partir de la tierra de Varden, las aguas del mar y la sangre del propio dios. Las leyendas cuentan que nuestra gente era casi perfecta y que resplandecía como el brillo de la luna; los dioses nos llamaron los Fasthari, que significa los Primogénitos. Nuestra gente se extendió, creando su nueva civilización bajo la mirada de los dioses, pero

uno de ellos no estaba conforme: Lutum, señor del caos. El dios descendió en una noche sin luna ni estrellas con la intención de corromper a nuestra raza, pero sus hermanos no permitieron que la mayor creación de su padre fuera mancillada y luego de una ardua batalla hirieron a Lutum, derramando su sangre por Varden y lo desterraron al olvido, lugar donde los dioses envían aquello que nunca debió existir. Pero antes de que la puerta se cerrara y sin que los dioses lo notaran, Lutum puso su mano para evitar que las puertas del olvido se cerraran.

Miles de años pasaron, y nuestra gente llegó al apogeo de su civilización. Fue entonces que llegaron ellos, los malditos. En las tierras de lo que hoy conocemos como Selahibar aparecieron extrañas criaturas etéreas que corrompían todo a su alrededor: las verdes planicies que se extendían por aquel continente se convirtieron en un árido desierto bajo la corrupción de estas criaturas. Nuestra raza los llamó kharaal. Los Fasthari no podían combatir esta amenaza, la sola presencia de los kharaal pudría la carne y el espíritu, todo aquel que se acercaba demasiado encontraba una lenta y dolorosa muerte. Los dioses otorgaron a nuestra gente su poder, gracias a esto los fasthari obtuvimos inmunidad ante el poder de los kharaal, desterrándolos al olvido.

Los dioses nombraron a nuestra gente guardianes de Varden, y crearon otras razas para poblar el mundo, a partir de la sangre de los dioses y la tierra de Varden. Al inicio todo marchó bien, pero los mortales eran conflictivos, muchas razas fueron erradicadas o esclavizadas por sus congéneres. Valdaris, quien era el rey de los fasthari en esos tiempos, intentó apaciguar a las nuevas razas mortales, pero todo fue en vano. Cuenta la leyenda que extrañas voces inundaron

los pensamientos de Valdaris, dándole horribles pesadillas y llevándolo a la locura. Hablaba sobre su derecho de gobernar sobre las razas mortales y someterlas bajo el yugo del imperio Fasthari. Los mortales no tenían posibilidades contra el poder de nuestra raza; los mortales se unieron en una alianza contra los fasthari, pero aun así no tenían el poder suficiente para hacerles frente. Fue entonces que los dioses descendieron.

El poder de los dioses no tenía igual e hicieron retroceder a los Fasthari. Valdaris, desesperado, pidió ayuda a las voces que le susurraban y, bajo las órdenes de nuestro rey, fuimos condenados bajo el manto de una noche sin estrellas. Valdaris llevó a cabo un impío ritual, quemando a su esposa e hija. Cuentan que la luz de la pira era lo único que se lograba ver en la oscuridad. A la mañana siguiente, entre las cenizas apareció una espada de rojo y negro con un extraño ojo en la empuñadura, pero el precio de esa arma fue más alto de lo que el mismo Valdaris pensó: de la espada surgieron los kharaal, poseyendo los cuerpos de nuestra gente, nuestra piel se tornó pálida y nuestros ojos rojos tomaron la apariencia de almas en pena. Pero eso solo fue el principio.

Con su nueva arma, Valdaris se lanzó a la guerra con sus ejércitos, pero algo más había cambiado en nuestra gente, muchos no soportaron la corrupción de los kharaal y se convirtieron en horribles abominaciones que, en su descontrol, asesinaban y destruían todo a su alrededor, amigo o enemigo. Esta maldición llevó a la derrota a Valdaris y, con sus últimos hombres, se encerró en su bastión. Defendieron aquella posición durante meses, los constantes ataques de las razas mortales llenaron aquel lugar de muerte, hasta que Valdaris fue derrotado, y en sus últimas palabras juró

regresar para vengarse de los mortales y los dioses. Según la leyenda, en aquella última batalla murieron tantos mortales que la sangre formó un lago, del cual creció un bosque. Se dice que en aquel bosque aún rondan las almas perdidas de quienes murieron en esa batalla, y en el centro de aquel bosque yace la última torre en pie de aquel bastión, y que allí se encuentra el cuerpo de Valdaris junto a su espada, esperando a aquel elegido que se atreva a blandirla y cumplir la última profecía del rey de los Fasthari.